

PAPELUCHO PERDIDO
MARCELA PAZ



I

ESTOY UN PERDIDO y la Jimena del Carmen, ídem, y lo peor es que nadie nos busca. No hay avisos de radio que digan: «Se gratificará, con un Barril Millonario al que devuelva niños perdidos, etc., etc.», ni cosa por el estilo. Porque mi familia es de esa gente que busca las cosas perdidas, pero jamás la fruta ni la plata ni los parientes. Tampoco buscaron a la tía Ema, sino que dijeron siempre: la Ema es una perdida, y se acabó el cuento.



Ellos creen que uno se pierde adrede y quieren obligarlo a encontrarse. Pero, mis queridos radioescuchas, vean ustedes cómo sucedieron las cosas.

Una mañana de luna llena y bello atardecer, amaneció mi mamá con esos nervios de confusión tremenda que tienen las mamás para los días en que hacen maletas.

—¡Quítate que estorbas! —le dicen al que quiere ayudar, y si uno se va, lo llaman: »¡Ven acá tú, y sé útil por una vez en tu vida!« Y así entre cosas hirientes y refulgentes van desordenando la casa entera y revolviéndole a uno las ideas.

Hasta que por fin conseguí preguntarle a la Domi:

—¿Qué pasa? ¿Es que nos persiguen o mi papá ha hecho algo malo?
¿Para dónde nos vamos?

—Nos vamos al África (¿o era Arica?)

—¿Echaron al papá de la Refinería?

—Nos vamos porque queremos. Tenemos mejor trabajo... —y se rió misteriosa.

Fue un día atroz. Mi papá partió temprano a ordenar su oficina y quedó mamá contando cucharas, pañales y revolviéndolo todo para encontrar su paletó de piel. Hasta que por fin se acordó de que lo había vendido en Santiago. Pero confundida y todo, dejó la casa entera metida en bolsas, maletas, atados y canastos para partir a la mañana siguiente en un taxi.

Era de esos taxis que dicen en la puerta «cierre suave», con olor a extranjero y con chofer de bufanda café, pero con los tapabarros bastante arrugados y un tarro con agua para cuando hierven, y un braserito para el té y mil metros de cordel por si hay que remolcarlo y un letrero con patas que dice PARE y, en fin, con la maleta llena. Total que vamos discutiendo que dónde pueden meterse los bultos, maletas y paquetes si no hay ni un hueco. Y mi papá se fue poniendo avión a chorro y hasta hubo puñetes y el chofer ni se fijó que le dio un portazo a su puerta «cierre suave» y partió con furor.

Mi mamá se puso a llorar de desesperación, pero en ese momento pasó Alejandrino Freiré en su regio camión y nos trepó a todos, con cacerolas, cuna, radio, chupetes, maletas, bolsas, lámparas, paquetes, atados, etc.

Javier, la Domi y yo íbamos atrás entre los bultos y mientras Javier aprovechaba de escribirle a su polola, la Domi sacó unos sandwiches calentitos que traía en un bolsillo secreto y yo alimenté a mi pobre Judas, el pingüino que me regaló anoche mi amigo Ramón Freiré. Y Judas no quería comer porque tenía la cabeza como lacia y dice la Domi que estaba fallecido. Y yo le hice respiración artificial y por fin se lo entregué a Alejandrino para que se lo llevara al Ramón para que se lo devolviera a su madre pingüina que vive en la isla.

Y estaba pensando en lo que haría la pingüina para enderezarle el pescuezo lacio a mi Judas, cuando mi mamá me zamarreó un brazo porque había que bajar del camión ahí en la estación de Viña. A ella se le habían olvidado sus lágrimas y otra vez se había vuelto General y daba órdenes a todo el mundo.

—¡Corre a comprar los boletos! —le chillaba al papá.

—¡Hazte cargo de la guagua! —le gritaba a la Domi.

—¡Cargue los bultos! —ordenaba al de la gorra colorada.

—¡Cuenta cuántos son! —le mandaba a Javier, y cada uno le

obedecía calladito.

Había bastante gente y en la boletería una cola larga que se alargó otro poco con mi papá detrás. Mamá seguía al mando de nosotros y los bultos. Parecía un Arturo Prat en medio de la batalla y repetía todo el tiempo:

—El tren para en Viña sólo un minuto. Hay que subir rápidamente y tomar asiento.

Y miraba la vía por si venía el tren y a papá en la punta de la cola. Era un verdadero aeronauta a punto de elevarse.

—Javier, anda a decirle a tu padre que se apure —dijo de pronto.

Javier partió y no volvió nunca más.

Apareció un tren acercándose a todo rechifle y mi mamá ordenó:

—Domitila, tú te encargas de los bultos. Tú, Papelucho, de la guagua. Yo voy en busca de Javier y papá —y desapareció en el espacio.

Llegó el tren majestuoso y antes que parara yo metí a la Jimena y el pelotón de gente me metió a mí. Me senté con violencia en el primer asiento que encontré y miré por la ventana. Ahí estaba la Domi en la estación pescando los paquetes y canastos, haciendo un desparramo atómico. Sus brazos cortos se topaban con su gordura y no cabía nada en sus manos confundidas. Los atados se reventaban y era una revolución de chombas, cacerolas, cepillos de diente y zapatos, sábanas y coladores y el montón crecía cada vez más.

Pitó el tren y partimos suavemente mientras la Domi y su montaña se iba alejando poco a poco. El tren era muy largo y yo pensé que allá, en el último vagón, se treparían Javier, mi papá, mi mamá y la Domi con toda su confusión y su montón de paquetes. Era lógico, porque el último vagón pasa mucho más tarde por la estación.

Ahora corría el tren galopando por su vía entre peñascos chilenos sin importarle cerros ni postes y su genial castañeteo de fierros aturdía los nervios. Yo esperaba todo el tiempo ver aparecer a mi papá y mi mamá con la Domi y sus paquetes, trotando por el pasillo, pero nada... Hasta que me acostumbré a no esperarlos, porque cuando no se espera, es cuando llega la gente.

La Jimena del Carmen iba feliz. Apretaba los ojos y abría su tremenda boca sin poderla cerrar por la fuerza del viento y al fin se veía peinada con sus mechitas tiesas para atrás.

Resulta que cuándo no pasa nada, da hambre. Y a mí me acongojaban mis tripas estereofónicas, porque dale con pasar unos mozos

con bandejas de sandwiches.

Lo pesqué de la manga y le dije:

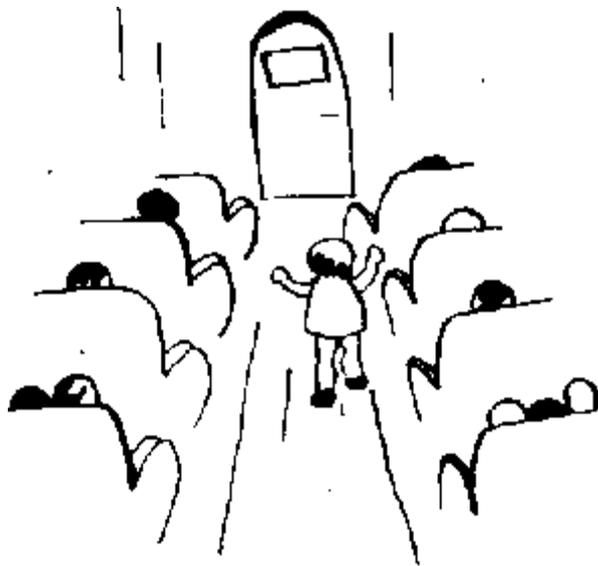
—Señor, ¿me puede fiar dos? Mi papá se los paga cuando llegue.

—Cuando llegue te los doy —dijo con voz áspera, y se fue.

Conté hasta veinte, hasta trescientos, hasta mil novecientos setenta y uno... ¡y nada! mi papá no llegó. La Jimena se había puesto odiosita y no quería estar sentada. Ella sabe caminar para un solo lado. Yo la ponía de perfil en el pasillo y partía para el lado equivocado y se caía y lloraba. Los suelos del tren tienen una mugre rara y la Jimena al poco rato parecía un neumático. Una señora la compadeció y me dijo:

—Al fondo del vagón hay un lavatorio.

Llevé a la guagua y era un excusado del porte de un confesionario,



pero con un olor tremendo, y yo empecé a lavar a la Jimena por pedazos, hasta que me aburrí y la lavé enterita con ropa y todo. No había con qué secarla y sus vestidos se le pegaban tal como a los santos de yeso. Tampoco podíamos salir de ahí porque la puerta se había cerrado perpetua. Pero de repente se estremeció el tren como terremoto y ¡zas! se abrió la famosa y caímos los dos afuera.

La genial señora del excusado recogió a la guagua que se había puesto entera negra otra vez con el costalazo, la desvistió, la secó con su pañuelo y me dijo que sujetara la ropa en la ventana para que el viento la secara.

Yo obedecí, pero ni sé si se desintegró en el viento la famosa ropa o quizá se voló. Menos mal que la Jimena es de esas guaguas gorditas que se ven bien en calzones y parecen muñecas plásticas de las más caras. En

todo caso la gente ahí se hizo amiga y empezó a darnos galletas, caramelos y hasta un pañuelo de seda que le pusieron de vestido a la Ji.

En eso paró el tren y todo el mundo empezó a bajarse muy apurado.

Yo también me bajé muy apurado. Había miles de gente apurada que empujaban para subirse más apurados a otro tren. Yo id. con la Ji porque me acordé de eso que siempre dice mi papá: «Donde fueres haz lo que vieres»

Este tren resultó más estupendo y volví a creer que iba a encontrar en él a mi mamá, porque tenía gente nueva, asientos blandos, vidrios limpios y olor suave. Ya no teníamos hambre y ni nos importaban los vendedores de cosas.

Mirábamos apasionadamente a cada persona, pero ninguna era de la familia, cuando suavemente partió el tren. Casi pensé ponerme triste, pero después volví a pensar que era mejor creer que luego llegaríamos a Arica (¿o era al África?) y encontraríamos a todos en la estación esperándonos. Y con este pensamiento me dormí...

II

SOÑABA QUE VIVÍA CON MI PAPÁ y mi mamá en una casa de nylon en Arica, y aunque había miles de chocolates importados a ella le daba por preparar sopas de pollo, y échale pollos y más pollos, y dale y dale hasta que por fin desperté con odio a los pollos. Y otra vez nos dio hambre.

El tren era una especie de Jett y volaba con un zangoloteo furibundo que me tiraba la guagua encima a cada instante. Junto con el olor a sopa de pollo salían todo el tiempo por la puerta del carro unos mozos con chaqueta casi blanca y montones de platos chorreando guisos ricos. Cada vez creía yo que era para nosotros, pero seguían de largo. Hasta que al fin le pregunté a uno:

—¿A qué hora nos va a servir a nosotros, señor?

—Sirvo al vagón comedor —contestó con cara de león de la Metro, y nos hizo un desprecio.

—Vamos al comedor —le dije a mi hermana.

—Te te te te —me contestó ella amablemente...

—A lo mejor está ahí mamá y los demás... —le dije a la Ji.

—Te te te te.

Lo bueno de la guagua es que entiende todo lo que le dicen, pero contesta siempre lo mismo.

—Ponte de lado para que camines de frente.

—Te te te te. —Pero era inútil, porque el apuro del tren nos hacía chocar y chocar. Llegamos a un vagón con mesitas que tenían pan, mantel, mostaza, florero y aceitero. Pescamos un asiento y ahí nos instalamos perpetuamente; le di un pan a la guagua y se quedó tranquila baboseándolo. En la mesa de nosotros una señora y un caballero comían una chuleta jugosa que me daba tilimbres en las tripas. Por fin se acercó un mozo y preguntó:

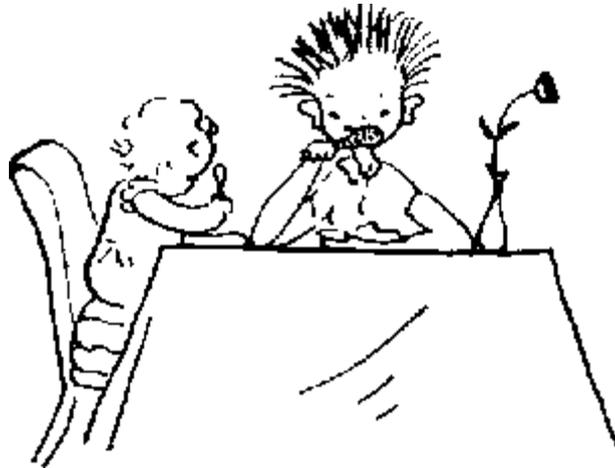
—¿Qué le sirvo, joven?

—Lo mismo que al caballero —dije.

—¿Y a la criaturita?

—Ídem —contesté.

El caballero sonrió y se hizo amigo mientras volvía el mozo.



—¿Viajan solitos?—preguntó.

—No, en familia —expliqué— a mi papá lo han trasladado al Norte.

—¿Al Norte? Pero este tren va hacia el sur... —me contradicé.

—No digas tonterías —dijo la señora, soltando la chuleta—. Eso depende del pueblo en que viven.

—Pero este tren va al sur —alegó, un poco furioso—. Tú siempre me discutes.

—Sólo cuando dices tonterías —dijo ella y volvió a morder el hueso. Por suerte apareció el mozo con los platos de chuletas. Cuando uno come algo tan sabroso no se oye, y sólo se ven las caras llenas de furia.

La guagua se atoraba porque no tiene dientes, pero tragaba por fin, y cuando llegó el postre y estábamos contentos y sin hambre, se armó el enredo grande. Porque el caballero y la señora se agarraron a pelear con el mozo porque no querían pagar nuestra comida. Pero menos mal que

aunque estaban furiosos, ya no peleaban entre ellos.

—Jovencito —me dijo a mí el caballero—. Haga el favor de decirme dónde está su padre...

—No tengo la mayor idea —contesté.

—Es que tendrá que decírmelo. Me debe su almuerzo y el de su hermana... ¿En qué vagón viaja su familia?

—Eso es lo que no sé.

—Explíquese.

—A mi papá lo trasladaron al Norte y hoy fuimos juntos a la estación a tomar el tren. A mí me dejaron con la guagua mientras iban a ver no sé qué enredo de maletas. Cuando vi que el tren se iba, nos subimos y... nada más.

—Vamos viajando hacia el sur —dijo con cara de odio.

Sentí una cosa rara. La guagua y yo íbamos viajando al sur, ¿a qué parte del sur? Menos mal que estábamos en el tren y ahí la cosa era segura. La cuestión era no bajarnos nunca del tren, así tendríamos comida y de todo. Además, mientras más lejos fuera el tren más se demoraba en llegar y más tiempo les daría a mi papá y a mi mamá para alcanzarnos.

—Parece que tomarnos el tren equivocado —le dije a mi hermana.

—Te te te te —me contestó y se rió. Eso bueno tiene, que ni es miedosa ni acomplejada.

La señora seguía alegándole al marido:

—Hay que darle cuenta al conductor —decía.

—Déjate de tonterías. . . ¿Qué sabe el conductor?

—Telegrafiará a Investigaciones. ¿No te das cuenta que son niños chicos y van viajando solos? ¿No comprendes todavía que son niños perdidos?

¡Dios mío! Éramos igual que la tía Erna. Lo que yo no había querido ni pensar... PERDIDOS... No en un teatro, no en la calle: ¡En una tierra extraña! Recé: «San Antonio, haz que alguien te haga una promesa y nos encuentren. Te ofrezco que mi mamá vaya de rodillas a alguna parte y mi papá dé todo lo que tiene a los pobres... ¡Pero haz que aparezcamos pronto!»

No sé qué cara puse ni sé por qué me dio tanto romadizo (de esos que dan sin pañuelo), pero la cuestión es que de repente la señora y el caballero se volvieron como tíos, de esos tíos que vienen de Europa en avión, y nos empezaron a decir: «Mijito y mijita», y como a cuidarnos y a mostrarnos el paisaje y a decirnos que ligerito íbamos a encontrar a

nuestra mamá y a nuestro papá.

Y me compraron una revista de historietas y me fui a sentar bien lejos para poder leer y leer y no pensar más.

III

LA JIMENA SE HABÍA DORMIDO con su boca abierta, acurrucada entre un desconocido y yo. El tren veloz y supersónico esquiaba por los campos patriarcales y yo leía otra historieta, del diario del desconocido cuando su cara reemplazó a los monos.

—Voy a volver la página —me dijo con voz áspera.

—Espere un poco —le repliqué, mientras leía el final.

En ese momento se acercó el inspector.

—¿Los niños viajan con el señor diputado? —preguntó al desconocido.

—Así parece —respondió él con ojos picarescos. El inspector hizo un saludito a la gorra y partió. Entonces me fijé que el diputado era un señor igual que cualquiera, pero un poquito más gordo solamente.

—¿Usted también va al Norte? —le pregunté.

—¿Al Norte en flecha? —exclamó—. ¡Vamos al Sur, hijo!

En ese momento me acordé de todo otra vez. Íbamos en viaje al Sur mientras que mi mamá y los demás iban al Norte. Cada minuto y cada vuelta de rueda de los dos trenes nos separaba más. Mientras el tren que llevaba a mi mamá subía por el mapa, el de nosotros bajaba con violencia.

¿Qué hacer? Había que parar el tren, había que decirle al maquinista que pusiera marcha atrás. Pensé a chorro.

—¿Usted es diputado de nacimiento? —le pregunté al señor. Yo sabía que no.

—No, hijo: —¡Fui elegido por el pueblo!

—¿Para qué?

—Para estudiar las leyes, para gobernar en el Congreso.

—¿Usted puede mandar entonces? ¿Por qué no hace el favor de decirle al maquinista que ponga marcha atrás? Queremos ir al Norte a juntarnos con mi papá. Si sigue andando este tren nos vamos perdiendo más y más...

—Comprendo —dijo con carraspera—. Sin embargo no es posible llevar al Norte a toda esta gente que ha tomado pasaje para el Sur. ¿No te parece?

Yo comprendí y me dio hipo.

—En Osorno me preocuparé de ti —dijo.

—¿Falta mucho para llegar a Osorno?

—Un par de horas. ¿Por qué no duermes como tu hermanita?

Cerré los ojos para no ver más estaciones, porque esta flecha fatal pasaba de largo en todas, despreciándolas. Los ojos se me abrían. Había que hacer algo. Yo me desesperaba, y cuando uno se desespera dan ganas de que venga un temblor para que la desesperación se remezca y cambie. Pero en un tren ni hay caso porque uno va remecido perpetuo. Y cuando uno no quiere perderse y se va perdiendo a cada minuto más y por la obligación de un estúpido tren... ¿Qué hacer para atajarlo?

Cuando yo sea diputado haré trenes que los manejen los pasajeros desde su propio asiento, a retro-impulso y con vagones de emergencia, o sea, cápsulas de arrepentimiento para que se puedan volver los equivocados y seguir los demás. Y así pensando y pensando se me ocurrió de repente que mi papá tendría que darse cuenta de que yo y su única hija Jimena estaban en el sur y era lógico que nos viniera a buscar. Y tal vez le convenga más trabajar en el Sur que en el Norte, al menos, a mi mamá, que siempre anda peleando con la Domi y todas las empleadas son del sur. Con esto me consolé y parece que me dormí. Y apenas me había dormido y estaba soñando que el flecha como flecha flechaba por los rieles su camino al Sur, cuando una inmensa montaña se le puso en el camino. El tren paró violento y el maquinista saltó afuera furioso:

—¡Con qué derecho me ataja! —le gritó al cerro.

—¡Con mi derecho de DIPUTADO! —contestó el cerro con una voz muy conocida.

Y entonces me di cuenta de que era la voz de mi papá y el cerro era mi propio papá. Lo malo fue que desperté porque en ese momento era inmensamente feliz. Y desperté porque la gente alborotada recogía sus maletas y se bajaba en una estación. Era Osorno.

Desperté a la Ji y nos bajamos los dos. Yo ya no estaba triste sino que muy feliz y sentía como una agüita en el alma y como un cariño tremendo de grande por mi papá. Ni me había dado cuenta de que lo quería tanto antes.

¿Sería un sueño profético?

—¡Hola, Papelucho! —sentí una voz a mi lado. Pero no era mi papá, sino el diputado. No sé por qué sentí como si fuera algo de mi papá, y me dio un feroz gusto verlo.

Venía acompañado de una señora el doble de gorda que él, pero con cara de tía. Tenía unos hoyitos en los cachetes y otro en la pera y un montón de arruguitas en los ojos. El diputado le explicaba lo del Norte y del Sur y nosotros, y la señora se iba poniendo cada vez más blanda y más tiritona y le brillaban los ojitos azules.

—Llevémoslos a casa, Braulio —le dijo tierna al Dipu—. Necesitan un buen desayuno y en seguida nos preocuparemos de sus padres.

Subimos en un Jeep inglés tapado de barro duro. La señora tenía olor a peluquería y se remecía entera igual que el motor. Eran de esa gente de libro de lectura, que no discuten, que todo les parece bien. El Jeep tenía escape libre y la señora mil pulseras hundidas en su brazo gordo que sólo aparecían en las curvas.

Llegamos a una casa macanuda, con todo, copas de Campeonato,



paragüera, radio, espuelas, sopapo, extinguidor de incendio, estiladera, molino de agua y de café y montones de cosas nunca vistas. La señora Bebé a cada rato decía »mijito« y yo creía que era a mí, porque cómo iba a pensar que a ese tremendo diputado le iba a decir así, ni tampoco creía que él necesitaba comer esas cosas para el desayuno. Porque nos dieron: huevos fritos, queque, choclos con mantequilla, mortadela, café con leche y una cuestión que se llama Natre y ciruelas con crema de postre. Yo habría querido ser del porte del Dipu para comer tanto como él. Tal vez porque tengo las orejas tan supersónicas de paradas me chillaban adentro con la radio tan fuerte.

Por fin le entendí esto al diputado: —¿Tienes la dirección de tu padre?

—No, mijito —contesté, sin querer.

El Dipu hizo una carraspera de mil toneladas.

Pero con la comida se me abrió la memoria y me acordé de que el papá del Casi vivía en el propio Osorno.

—Tengo un amigo en Osorno —clamé con violencia—. Usted lo debe conocer, porque tiene un Diario. Mi amigo es Casimiro Silva.

—En Osorno, amiguito, hay noventa y siete Silvas.

—Sí, pero el papá del Casi es uno solo —alegué—, y tampoco tendrán todos un Diario...

—Ninguno tiene Diario, Papelucho. Puede ser repórter, redactor, fotógrafo o simplemente colaborador... En los diarios de Osorno hay lo menos seis Silva en cada uno.

—Entonces es muy fácil averiguarlo. No cuesta mucho ir a sus casas a ver cuál es la de mi amigo

La señora del diputado se atoró con el queso, pero tosiendo y todo me apretó la mano.

—Yo te llevaré a verlos. Mi marido es un hombre muy ocupado —dijo desconsoladamente.

Total que la señora bañó a la Jimena del Carmen, la vistió con unos trapos raros y la acostó a dormir. Yo me peiné y me lavé las manos y nos subimos otra vez al Jeep inglés. Había que ver cómo hacía sonar los cambios la señora y cómo le tiritaba el cuerpo pasando los hoyos.

En fin, que hicimos doce visitas y encontramos a cuatro Silvas, pero ninguno era el papá del Casi. Los otros ocho estaban fuera de casa en su trabajo, y algunos tenían sólo hijas mujeres y otros ningún hijo.

—Iremos a los diarios a averiguar más —dijo ella apasionadamente—. Y entretanto, quiero que te sientas en tu casa. Mi marido es diputado de la zona y yo presidenta del Club »Avance«.

Volvimos a casa y encontramos a la Jimena del Carmen comiendo pollo en la cocina. La cocinera le había puesto una cinta roja en sus mechales y parecía un aviso de frescos. Yo pensaba que es una gran cosa ser hijo de diputado cuando uno está perdido, y justo cuando estaba pensando en eso se reventó la olla a presión en la cocina y fue igual que una bomba atómica porque saltó la tapa al techo, dio bote en la cara de la presidenta del Club »Avance«, bañó de tallarines a la cocinera y le quemó el cogote y una verruga que tenía en el brazo. Y se armó una de gritos, de ¡Ayes! y ¡Ayayayes! y total que a la cocinera le dio con que se iba por culpa de »esos chiquillos« y la señora del diputado no pudo hablar más porque la quemadura era en la boca y se la cerraron perpetua con curitas.

Mientras más callaba ella, más hablaba la cocinera y más lloraba la Ji del susto, hasta que yo decidí partir de esa casa embrujada.

Y nos fuimos por Osorno caminando con la Ji hasta llegar a una plaza donde vendían el diario.

El señor que lo vendía tenía que saber cómo podría encontrar al papá del Casi, pensé yo. Pero ¡oh milagro! el caballero que vendía los diarios era el propio papá del Casi.

—¡Papelucho! —disparó al vernos—. ¡Tú aquí en Osorno!

—Lo buscaba, señor Silva —dije paulatinamente—. Le tengo una noticia para su diario. Se perdieron mi papá, mamá, Javier y la Domi...

—¿Cómo es eso? ¿Dónde se perdieron?

—¡Ahí está el misterio! Podría ser en el Norte, pero no se sabe... Hay que encontrarlos.

—Para eso está su servidor: Miro Silva, periodista y detective. Los buscaremos y después de un ruidoso escándalo, los hemos de encontrar.

Me pasó un montón de diarios y me dijo que saliera a venderlos por ahí mientras él con la Jimena sentada en un cajón chillaban ofreciéndolos.

Nadie quería comprarme los míos, hasta que por fin hice un precio y se los vendí todos a un señor que compraba botellas, fierro viejo, zapatos y papeles. Es increíble lo pesado que es un kilo y también lo barato.

Total que ahí estuvimos todo el día hasta que por fin se oscureció, encendieron los faroles de la plaza, echamos los diarios en el cajón y nos fuimos caminando con el señor Silva a su casa.

IV

LA JIMENA ME DESPERTÓ:

—Te te te te —y me tironeaba el pelo. Yo no sabía dónde estaba. Pero poco a poco me fui dando cuenta de que era Osorno y me acordé de que el señor Silva me había explicado que él vivía solo porque era viudo y no tenía cosas inútiles porque cuando uno es viudo basta con tener su cama y un brasero para calentar el té.

Así es que calenté agüita con té y como no había leche le puse un poquito de café y nos tomamos el desayuno. Teníamos que ir a comprar el pan porque el señor Silva sale antes que el sol a buscar sus diarios y nos iba a esperar en la plaza. Para que no nos perdiéramos iba a marcar con tiza una F en todas las casas por donde teníamos que pasar.

En la puerta había una F grande y una flecha. Partirnos muy felices



con la Ji buscando las efes y encontrando una a cada rato. La guagua entendió al tiro el asunto y me mostraba todos los garabatos que había en las murallas.

De repente se paró en seco, levantó los brazos y me pidió que la llevara.

—Te te te te —clamó. Entonces me di cuenta de que los dos estábamos muy cansados, de que habíamos caminado mucho y lo peor era que nos hallábamos donde mismo.

Miré a todos lados y vi que en todas las casas había una F. Unas grandes, otras chicas, unas eran Frap, otras FIAT y algotras Fensa, total que me acordé de que seguíamos perdidos, que todos estaban perdidos.

Me eché al hombro a la guagua y me fui perpetuamente caminando derecho. Cuando uno ha caminado mucho da lo mismo parar o seguir, total, se acostumbra. Al fin se terminaron las casas, las murallas, las efes y un campo grande, inmenso, prehistórico, servía de bandeja al colosal volcán Osorno.

Tuve mucho gusto de conocerlo. El nos invitaba a acercarnos fumando su humo gigante que escupía piedras preciosas. Lo más impotente era el silencio. Encontrarse solitario con un volcán supersónico en un campo sin ruidos ni gente apurada, con árboles frutales sin dueños ni precios por docenas, con choclos al natural en hileritas y allá lejos las vacas llenas de leche fresca, ¡era la maravilla! Corrí por una zanja de agua suave y la guagua reía feliz adivinando que iba a llenarse de leche por

mucho tiempo.

Las vacas estaban lejos, pero más lejos todavía el volcán, y yo tenía que llegar a él, porque fijo que encontraría ahí al papá y la mamá. No sé qué me pasaba, pero era como un embrujo: en el volcán Osorno estaba todo lo que buscaba yo, lo que buscaba mi papá y hasta la Domi. Su boca grande y fumadora era como una sonrisa y su humo escribía con letras en el cielo todas sus promesas.

Corría yo por la acequia con la Ji a caballo en mí. ¡Lástima que no le habían enseñado a galopar y la pobre se mordió la lengua! y también me hizo un chichón mortal en la cabeza. Pero lloraba tanto al ver la sangre de su lengua que me olvidé de mí, la lavé en la acequia y por fin la bañé para consolarla definitivamente. El viento puso duro su cuerpecito embarrado y



apenas podía doblar el codo y las rodillas. Era un monito negro con la pera brillante como espejo. Por primera vez me pareció linda la guagua. Era su felicidad que la boniteaba.

Seguimos caminando por el campo, descascarándonos a pedazos y dejando tirados nuestros moldes de barro. La Ji, a más de bonita, se iba poniendo inteligente, y por suerte, porque es terrible hablar con una individua que todo lo que dice es Te Te Te Te. Ahora decía: —¡Mah! ¡Quele mah!

El volcán Osorno seguía en el mismo lugar y al igual que la luna, mientras más nos acercábamos, más lejos se veía. Tanto habíamos caminado que sentía ya el olor de las vacas y sus voces maternas. El silencio del campo estaba ahora lleno de ruidos: a un lado las espigas se

rascaban bulliciosas, allá cantaba un águila y las aguas de un río misteriosas hacían gorgoritos con sus ranas y piedras. Cuando uno está en un bosque de espigas, se ve solamente el cielo y el volcán y su humito.

Nos sentamos y las espigas blanditas y tibias se acomodaron para hacernos hueco. La Ji cerró los ojos; se veía que era la hora de su siesta. La dejé dormir y me puse a pensar.

Un volcán es una cuestión que no se descubre todos los días. Por eso hay que aprovecharlo. También cuando uno tiene que cuidar a una hermana chica le da con pensar como mamá de ella, y es muy frito si esa hermana chica tiene un hermano más grande que es un Descubridor de Volcanes. Hasta que por fin decidí: mientras la guagua no crezca, no hay caso del volcán. Para que un niño crezca rápido, no hay como la leche de vaca. Lo primero es domar una de esas vacas huérfanas y abandonadas para que críe a la Ji y la agrande luego.



Dicho y hecho, me encaminé hacia el horizonte vacuno a conquistar una salvaje para que alimentara a mi hermana.

Cazar un león en la selva debe ser cosa fácil, pero pillar una vaca en un bosque de espigas es re-difícil, porque sólo se ven cuando están lejos y son tan tremendamente indiferentes y aturdidas.

Tenía que aprovechar la siesta de la guagua y tampoco podía irme muy lejos porque no encontraría nunca más a mi hermana dormida entre las pitucas espigas bullangueras. Avancé en secreto.

Por suerte venía una vaca contra el tráfico y bastante aturdida.

La miré en los ojos y la hipnoticé. Me miró en los míos y dijo:

—¡Muh!

— ¡Muh! —le dije también yo y le di a oler mi hedionda mano.

Lengüeteó pegajosamente mis dedos y me siguió obediente. Era una vaca negra con medias blancas y orejas sucias y un poco de romadizo en la nariz. Tenía un carácter de esos que escuchan y no contestan, así es que mientras caminábamos le expliqué que ahora tendría una hija Humana y que iba a ser madre-niñera-mamadera de mi hermana. La bauticé Mena, porque si se me olvidaba el nombre, al llamar a Ji-Mena, las llamaba a las dos.

La Ji se despertó con su olor y con su Muhhh y de puro gusto al verla, en vez de decir Te Te Te dijo Ti Ti Ti y se largó a reír. No le tenía ni vergüenza ni miedo a la Mena y se carcajeaba con su cola que la despeinaba. La Mena era de esas vacas antiguas con muchos dedos gordos reventando de leche y goleadores y le enchufé a la Ji y las dos quedaron felices. Eso es lo bueno de las guaguas que ni le tienen asco a las vacas y uno siente tilimbre de hacer lo que hacen ellas de chupar. Pero el tilimbre no quita el hambre. Me sonaban las tripas.

Entonces me vino a la cabeza una genial idea: hice un hoyito en el suelo, me acosté de espaldas en él y le apreté las mangueras a la Mena. Aprendí ligerito a dispararme en la boca y tomé leche hasta que quedé bien lleno. La verdad es que en este mundo cuando uno tiene una vaca no necesita plata, ni cocina, ni tazas ni menos servilletas. Mi mamá va a ser la señora más feliz del mundo cuando le entregue a la Mena: no más cuentas de almacén ni de luz, no más ollas, ni gas, no más lavandería, no más tazas quebradas ni cucharas perdidas. Es la solución de la vida.

Y mi papá puede poner el negocio de terneras y enseñar vacas jóvenes para todo servicio, otras para niños huérfanos, otras para caballeros solos y hasta algunas para viejitas chuñuscas. Es decir, para cada estilo.

SIEMPRE, CUANDO UNO cree que todo está perfecto, resulta lo contrario. Así es la vida: sorpresosa y contreras. Justo cuando ya nos sentíamos eternamente felices, vino lo terrible: la NOCHE. Porque la noche, en un potrero de Osorno, alumbrado por el genial volcán y con la música ambiental de las vacas salvajes, es algo tremendo. Sobre todo cuando uno tiene una hermana chica que cuidar. Y todo huele a azufre, a odio de clases entre vacas enemigas de uno y armas invisibles de la selva. Uno se vuelve todo orejas y narices. Uno se trepa a caballo en la vaca y ella se ha puesto helada y tiritona y sus ojos tienen Mamitas de volcán.

¿Volver a la ciudad? Todo un día de camino, es decir toda la noche.

—¡Señor, ayúdame! —clamé, igual que en la tele, y el Señor me escuchó. Me sentí como de fierro. Tomé confianza y seguí pidiendo—: Señor, que pase luego la noche y sea día. No apagues el volcán porque todavía se pone esto más oscuro. Haz un milagro cualquiera pero que se aleje el peligro y podamos dormir.

Dicho y hecho, se encendió una luz. No de otro volcán. Estaba cerca del suelo y no lejos. Una luz firme y tranquila.

—Ji, ¿ves esa luz?

La Ji rió con sus dos dientes. Yo se lo había preguntado para estar seguro de que no soñaba. Era verdad la luz.

—¡Andando, Mena! —ordené, y tirando de un cuerno a nuestra amiga nos encaminamos hacia la luz. A mí me dio por creerme San José, a la Mena el burro y la Ji la Virgen. Por lo demás, en la noche, nos veíamos parecidos.

De pronto, desapareció la luz. Sentí congoja. Apareció de nuevo. Vuelta a perderse... Comprendí entonces que ramas malditas la escondían tratando de engañarme. Seguimos caminando y la Mena ya no estaba tan helada. Y entonces.

Con violencia, tuvimos delante, y muy muy cerca, aquella luz. Había un cristal de ventana, hasta con cortina, y el bulto impotente de un rancho con olor a comida.

Avancé con cuidado, de una mano agarrado el cuerno de la Mena, de la otra la Ji. Nos acercamos a la ventanilla y miramos los tres hacia adentro. Había una mesa con un mantel de cuadros, un pan grande en un plato, un queso en otro y la cabeza rubia de un hombre contra la ventana, escondía lo demás. Su chaqueta de cuero estaba rodeada de perfume a salchichas deliciosas que sostenía en un tenedor y hacía desaparecer por su boca.

Esto de nosotros perdidos en un bosque, esta casita mágica, me recordaba algo... Pensé en Hansel y Gretel. Me dije: »Este es cuento de hadas«. Pensé: »Los cuentos a veces han sido ciertos«. Me dije: »¿Vas a ser cobarde y perderte una salchicha por miedo?«. Pensé: »¿Cómo llamar a esa ventana en plena noche sin asustar al caballero rubio?«.

—¡MUUUUHHH! —dijo la Mena, y al instante la cabeza rubia se volvió hacia la ventana con unos ojos redondos y celestes. No alcanzamos a huir. Esa cabeza se asomó completa y una voz en idioma raro nos saludó.

—Estamos un poquito perdidos —le explique—. Vimos luz en su casa

y...

Había dos cabezas ahora, la otra mucho más rubia todavía. La Ji le mostró sus dientes y la Mena volvió a hacer ¡Muh!

—Adelante —dijo la señora rubia, y habló algo raro al señor. Escondió su cabeza y la sacó con cuerpo y todo por una puerta invisible. Nos cogió de la mano a mí y a la Ji y nos invitó a entrar. El olor de salchichas era de primera. Parecían tremendamente felices con nosotros tres, igual que en el cuento, y a uno le daba miedo SER el cuento.

Uno querría pensar en otra cosa, pero se acordaba de esa casita de caramelo, de ese viejo que lo engorda a uno para comerlo más sabroso.

Pensé: »Yo recé a Dios y me oyó mi oración. Hizo el milagro y ahora yo tengo malos pensamientos. He perdido la Fe«.

Entramos. Pero ahí era el milagro y nos estaban invitando a comer su rico pan negro, su queso, sus salchichas. La Ji se atoraba de felicidad y la Mena estaba eternamente callada en su establo, porque parece que era una vaca de ellos que se había perdido hacía tiempo.

—Tú me has devuelto mi mejor vaca —decía el Señor Hans haciendo brillar sus ojos.

—Yo ni sabía que era suya —respondí.

—Yo estoy tan agradecido de ti —repetía.

—Qué agradece —dije yo—. A lo mejor fue la vaca quien nos trajo, ella conoce el camino —da rabia que a uno lo crean santo u honrado cuando ni piensa serlo.

—Entonces es el destino... —dijo Gretel, y mostró todos sus dientes que eran miles.

—¿Usted no cree en los milagros? —le pregunté.

Hizo unos ruiditos, igual que cuando uno llama a los pollos, y meneó la cabeza.

—¿Entonces usted tampoco tiene fe? —le pregunté—, y ella volvió a menear la cabeza con violencia. Ahí sí que me dio rabia: que una alemana con marido, vaca, casa y de un cuanto hay, diga que no tiene ni gota de te. Es demasiado, así que le prometí a Dios que yo la iba a convertir.

Nos acostaron en una cama blanca tapada con un inmenso almohadón de colores, relleno de plumas y nos dijeron »Gute nacht«. Yo me desvelé pensando qué debía yo hacer.

Lo único que se me ocurrió fue quitarles la vaca de nuevo y perderla igual que antes. Algún día tendrían que rezar para que apareciera. Porque si Dios se las había devuelto gratis y ellos no estaban agradecidos, yo,

como amigo de Dios, les haría entender que los milagros SON milagros, y se acabó. Y prum, me dormí.

VI

DESPERTÉ CON UNA COSA que me hacía cosquillas en la frente y me picaba una oreja. Era la gallina Schatz que dormía antes en nuestra cama y estaba enseñada a despertar a todo el mundo. Cacareaba como un gallo y se le ponía blanca la cresta haciendo fuerzas.

Es increíble el hambre que da el Sur y lo bien que cae el desayuno alemán, pero cuando uno tiene hecha una promesa a Dios, no puede pensar en otra cosa hasta que la cumple.

Y junto con pararnos de la mesa, cuando Hans se fue a picar leña y Gretel se llevó a la Ji a los gallineros para darle comida a las »aves«, partí



yo al establo a buscar la famosa vaca que había de perder.

Ahora que era de día me daba cuenta de que la pobre tuvo razón de irse. Estaba prisionera, con una cadena al cuello, junto con otras a cadena perpetua.

Ella me reconoció y la desaté paulatinamente. Me la llevé por la senda del honor, es decir, por un camino desconocido que íbamos abriendo los dos entre las espigas. Caminamos y caminamos largo rato hasta que nos perdimos.

¿Qué haría Gretel cuando se diera cuenta de que faltábamos los dos?

¿Saldría a buscarnos? ¿Se vengaría en la Ji?

Es terrible tener preocupaciones, pero las promesas son promesas y hay que cumplirlas. Yo la cumplí y me volví a la casa. Dejé a la vaca perdida y me fui enredando las espigas para no dejar rastro ni huella.

Llegué a la casa y estaba cada uno en su cada cosa; nadie se había dado cuenta de que faltábamos la vaca y yo. Entonces miré al volcán y lo miré tanto que de pronto pensé que si Dios lo había hecho tan alto, para algo sería... Hasta que por fin se me ocurrió esto: si yo trepaba hasta el cogollo podría divisar el Norte y tal vez a mi mamá en alguna parte. Y si ella me buscaba, seguramente tendría anteojos de larga vista y me vería. Una vez que ella me viera se quedaría tranquila de saber que estábamos bien en la punta del volcán.

Le expliqué al señor Hans y él movió la cabeza y se rió, igual que la mueve y se ríe todo el tiempo. De todos modos me fui mirando de fijo el humito azul del volcán para no andar de más. Iba en línea recta para acortar camino. Pero de pronto se me puso delante un río. Su agua fresca traía peces y piedras preciosas que arrollaba en su corriente de mil amperes. Cruzarlo a nado era imposible. Habría que hacer un puente, un puente de piedras. Tomé una grande y la dejé caer al fondo, pero desapareció. Eché otra encima y otra y otra hasta que me convencí de lo inútil. El puente debía ser colgante, como el del río Kway. ¿De qué lo colgaría?

En esto pensaba cuando de pronto vi saltar una piedra del cráter del volcán. La piedra se elevó y se perdió en el cielo. Debía ser una piedra preciosa y esta noche habría una estrella más en el cielo... El humo azul se iba poniendo gris, luego blanco y por fin rojo. Era como la llama de la Refinería, pero mucho más grande y se molía en el aire disparando estrellitas y peñascos inmensos. Era una oportunidad.

A todo esto me di cuenta de que un trueno grande y majestuoso se derramaba cerro abajo a mis pies el suelo tiritaba igual que la piel de la Mena. Las aguas del río habían perdido el paso... y el cielo se iba poniendo oscuro con el humo gigante del Osorno.

Me quedé paralelo. ¡Yo solo y ese espectáculo maquiavélico!

Sin duda era un aviso para que no siguiera adelante en mi camino al volcán. Por sus laderas saltaban peñascos muy alborotados. Yo estaba feliz, eternamente feliz.

De pronto me di cuenta de que me rodeaba el agua. El río se había desbocado y entre mis y zapatos hallé una liebre muy asustada. Se tranquilizó en mi ancho pecho caliente y con ella se me pasó el susto de ser una isla en el río.

A uno le gusta tener aventuras y poder contar algo cuando vuelve a la casa, pero la cuestión es PODER volver. Porque si uno está rodeado de

agua y esa agua es tan profunda que se traga toda piedra, no es fácil salir de allí.

Por milagro estaba yo en un peñasco elevado, por milagro había encontrado anoche una casita con cama y comida, y por milagro podía salvarme de ser náufrago ahora. Cuando uno se convence de que existen los milagros y basta con pedirlos, no hay más miedo. Y aunque se demoren un poco, si uno tiene en sus brazos una liebre más asustada que uno, eso da confianza.

Recé, y tal vez porque me sentía tan gallito, Dios se hizo el sordo. En vez de secarse el río, se abrió más grande, más hondo, con más olas. El agua subía a mis zapatos y mis dedos empezaban a ahogarse. El corazón de la liebre era un Jett y el mío se iba poniendo tan lento que creo se detuvo. Las nubes negras, o sea el humo, etc., etc., etc.

Cuando a uno se le para el corazón, se muere. Morir parado en una piedra o ahogado en un río, es ídem si uno se muere de veras. Saqué bien la cuenta, me convencí y me lancé a nado. Me pegué fuerte contra las piedras del fondo y la liebre se me subió al cogote.

Entonces me levanté para contar mis heridas y me di cuenta de que el agua era poca, tan poca, que apenas me cubría los pies, y mis heridas eran puramente ocho, y no bien mortales, tampoco. La liebre estaba muy nerviosa y tenía que sujetarla con las dos manos mientras miraba al cielo. El humo negro se iba retorciendo en un enorme tirabuzón y el volcán Osorno echaba unos escupitos chicos como de velos blancos.

Me sentí elevado por una garra inmensa y sólo atiné a apretar la liebre entre mis brazos. Cuando recobré la calma, la liebre tenía la lengua afuera y estaba medio ahogada por mi fuerza. A mi lado, el señor Hans me hablaba con su lengua de revoltijo:

—Estás sanito —decía con su saliva espesa—. Tembló violento porque el volcán eructó y tuve miedo de ti...

Era una gran noticia, pero me acordé de la Ji y me dio congoja. ¿Qué le habría pasado a ella? No sabía cómo preguntar. Por suerte los alemanes son adivinos.

—Tu hermanita muy bien —me dijo, como telegrama, cuando me subió al anca del tordillo—. Te espera ella y una sopa de lentejas. . .



Yo respiré feliz y tan fuerte que apreté mis talones; y el tordillo saltó a todo galope camino de la casa.

VII

JUNTO CON LLEGAR al rancho me di cuenta de que algo raro pasaba. La señora Gretel saltaba como loca, se echaba al suelo dándose vueltas de carnero sudaba y por todas partes había cosas tiradas, manzanas, duraznos, flores y floreros. En el medio, rodeada de extraños juguetes y con la colita para arriba y la cabeza pegada al suelo, se chupaba un dedo

la Ji.

—Ella no quiere jugar —dijo Gretel, arreglándose el pelo—. Tiene mal ánimo y no puedo sonreirla...

Pero se ve que la Ji estaba esperando la liebre. Al tiro se puso contenta y a la liebre se le pasaron los nervios. La señora Gretel ordenó la casa y todo se volvió aburrido como si uno hubiera nacido allí.

Hasta la sopa de lentejas tenía un gusto de toda la vida. Para alegrarme, pensaba que al menos el Norte debe ser distinto del Sur, y al fin y al cabo lo más importante para un hijo perdido es que lo encuentren.

Aunque Hansel me prestó su caballo, aunque Gretel nos dio kuchen al té, aunque el sur de Chile es la maravilla, yo prefiero el Norte. Aunque nadie reta ni castiga, aunque nunca prohíben hacer algo, aunque nadie se enoja o se pone nervioso, yo prefiero mis papas chilenos.

Gretel decía al darnos kuchen:

—¿Quieren vivir siempre con nosotros ya? ¡Adoramos los niños! —y sus ojos daban chispas azules y sus manos rosadas se apretaban como rezando. Yo quería convencerla de que cuando una tiene su mamá propia le caen mal las tentaciones de ser hijo de alemán del Sur. No quería ser mal agradecido tampoco.

—Yo tengo mal genio —le dije—. También soy desordenado, porfiado y no sé qué más. Ahora ni me acuerdo, pero creo que no le convengo de hijo. Y mi hermana tiene malas costumbres. Además es atrasada de noticias, lo que quiere decir que no es inteligente.

—Es chiquita... —dijo, Gretel, poniendo la boca como chupete viejo.

—De porte —expliqué—. Tiene bastante edad. Siempre será guagua y chica, por eso la cuido tanto. ¡No tiene remedio! —clamé, aburrido.

Hans habló en alemán y Gretel empezó otra vez a ordenar todo. Es su manía.

—¿Cómo piensas volver al Norte? —me preguntó Hans encendiendo su pipa.

—En avión —contesté.

—¿Sabes la dirección de tus padres?

—La atrasada de noticias es la Ji —le contesté—. ¡Yo no!

Me daba rabia que se metiera en mis secretos de familia.

—Debías haberte ido al Norte inmediatamente, entonces —dijo.

—¿Ve usted como soy mañoso? ¡Llevo dos días en Osorno! Y quién sabe cuándo me iré...

Hans no contestó. Se veía que yo le estaba cayendo mal, pero yo me

seguía poniendo cargante y más cargante, igual que les pasa a las tunas cuando les salen espinas y más espinas. Es como una fatalidad, y dale a uno con volverse erizo.

Hans se paseaba mordiendo su pipa y preguntándome cosas que yo contestaba de mal modo, hasta que por fin dijo:

—Está bien que vuelvas donde tus padres. Pero está muy mal decir que estás perdido cuando sabes su dirección. Eres un MEN-TI-RO-SO.

Yo puedo aguantar todo, todo, que me digan canalla, asesino, antropófago, idiota, menos »mentiroso«. Así es que me puse verde. Uno puede decir que uno es lo peorcito, pero ¡que se lo venga a decir otro!

Era tanta mi rabia que se me hinchó la lengua y ni me salió palabra.

Mientras más trataba de hablar, más se me pegaban los platinos, hasta que por fin dije: —¡Chao! —y cogiendo a la guagua de la mano partí paulatinamente dando un portazo.

Caminamos por el campo y con cada paso que dábamos me iba poniendo más y más rabioso. Pero mi rabia de ahora no era contra Hans sino contra mi »yo« cargante. Hans me había salvado de la erupción del volcán, me había dado alojamiento y comida, y yo era un desagradecido. ¿Qué sacaba con seguir caminando cuando sabía que TENÍA que volver atrás para decir ALGO? Lo que no sabía era qué »algo« diría, ni cómo decirlo.

De pronto sentí en mi mano un aire caliente. Miré asustado creyendo que el volcán nos perseguía con su humo negro, y me encontré con la Mena y su nariz mocosa.

—Tetetete —chilló la Ji abrazándole una pata.

—Vuélvete —le ordené a la vaca, pero ella me miró desconsoladamente. Las vacas oyen pero no entienden, y aunque le hablé en los cuernos, ni se movió siquiera. Entonces decidí volver con ella, no fueran a pensar que la habíamos robado... Pero no era tan fácil: la Mena estaba pegada al suelo.

Hay vacas con ideas pero que ni saben explicarlas. La Mena nos miraba de fijo y ni entendía mi mandato de que se volviera. Hasta que descubrí que tenía los cuernos tapados, o sea las antenas malas, sin corriente. Me acordé de que había visto animales con un palo trasmisor entre sus cuernos, y aunque la madera no transmite electricidad, quizá hace contacto entre cuernos. Encontré un palo, se lo puse, y, junto con ponérselo, cambió de carácter.

Estornudó, batió la cola y echando espuma por su mocosa nariz,

partió al galope. La Ji se puso a llorar y mientras la consolaba, vi alejarse a la Mena hacia el rancho de sus dueños que ojalá habrán rezado para que al verla aparecer, crean en los milagros por fin.

VIII

TODAVÍA MIRABA EL hueco que dejó la Mena entre las espigas, cuando divisé a lo lejos un tierral. ¿Sería un tornado de esos que vienen viajando desde Estados Unidos? Dicho y hecho, debía dejarme envolver por él para que nos llevara al Norte. Yo sé que los tornados viajan a mil por hora, y así, en un poco rato estaríamos con nuestro papá y mamá. Tomé en brazos a la Ji y corrí al encuentro del tornado. Ni sé cómo podía con mi hermana que es pesada y resbalosa, pero la cosa es que mis brazos y mis piernas parecían de atleta y me salían chispas de los talones.

Llegué por fin al tornado, pero la nube de polvo la venía echando un camión y se acercaba con un ruido de mil diablos.

Le hice señas. Si a uno le falla un tornado y se le ofrece un camión, lo aprovecha. Al fin y al cabo, cuando uno está en el Sur de Chile, un camión que va de viaje tiene que ir al Norte. Y da lo mismo en qué se llega, con tal de llegar.

El majestuoso camión iba cargado de troncos que saltaban con infernal ruido, pero entre ellos, su chofer invisible lo detuvo, trepó a la Ji adelante y me ayudó a subir. Nos acomodamos entre un chanchito rezongón y una gallina pecosa, y partimos estrepitosamente saltando por los hoyos.

Viajamos y viajamos remecidamente. Era un viaje de sordomudos porque nadie sacaba nada con hablar porque nadie oía. Yo a cada rato creía que iba a aparecer una ciudad grande, llena de tiendas de Arica, una estación con bancos y en uno mi mamá esperándonos. Pero nada.

La Ji se había dormido con el chanco de almohada. La gente chica viene con sueño atrasado, porque dale con dormir, y sólo se despertó cuando chirriaron los frenos. Fue un chillido muy largo pero al fin el camión se detuvo. Yo me quedé bien sordo. No se oía nada de nada. Era atroz. Hasta que de repente apareció entre los troncos el chofer camionero y dijo:

—Voy a hacer una diligencia. Cuídame la carga —y saltó afuera.

Era lindo oír su voz y saber al menos que uno no estaba sordo pero era una tremenda pena no tener tiempo de preguntarle las setenta y cuatros cosas que se me habían juntado en todo ese rato. Tendría que guardarlas para cuando volviera.

El camionero se estiró hasta que se puso inmenso, crujió entero, bostezó, se volvió a armar de nuevo y partió a su diligencia. Todo esto en un instante, sin darme tiempo de preguntarle nada. Yo lo quedé mirando alejarse por un sendero hasta que la Ji me sacudió con su eterno *Tétete* y me mostró un huevo que le había sacado de no sé donde a la gallina.

El chanchito se había puesto nervioso y tironeaba y tironeaba de su cordel amenazando ahorcarse. Se había hecho mil rollos en el freno y el cogote se le iba poniendo más y más flaco mientras más le bailaban sus ojos de chancho. Era duro, pesado, torpe y porfiado. Inútil tratar de hacerlo entender que se diera vuelta al otro lado, inútil moverlo, inútil amansarlo, inútil empujarlo. Le colgaba la lengua...

O se moría ahorcado el chancho, o soltaba yo el freno del camión.

Lo solté y le salvé la vida. Pero la mala suerte fue que el camino ahí era como de bajada, y mientras desenvolvía el cordel del cogote del chancho ni me di cuenta de que el camión se movía y se seguía moviendo, primero despacito y después más ligero. En realidad íbamos bajando a todo chifle, porque empezó otra vez la sonajera de troncos y no se oía ni el chancho.

El paisaje pasaba a chorro a nuestro lado. De pronto me di cuenta de que si el chofer se había bajado del camión, el camión iba entonces sin chofer. Estábamos en órbita y eso era peligroso. Me trepé en el asiento y me agarré con fuerza de la dirección. No era fácil sujetarla a tanta velocidad y con tanto brinco y la sonajera horrenda de los troncos. El camino era ancho porque ni había camino por donde íbamos, porque era puro cerro, pero allá abajo se divisaba plano. Algún día llegaríamos y entonces terminaría esta carrera.

Es fácil manejar un camión, pero lo que es difícil es sujetar la carga. Yo me di cuenta de esto al poco rato, porque sentía caer los tremendos troncos, atrás, a los lados, arriba, etc. Cada hoyo disparaba uno o dos, y mientras menos carga había, más saltábamos y más rodaban los troncos ya sueltitos. Sostenía a la Ji apretada entre mis piernas mientras al chancho le dio por asomarse y colgaba medio cuerpo en el aire. La gallina se revolvía entre sus patas y su cola. Ni me acordaba del chofer y su diligencia. Solamente pensaba en llegar al plano.

Y de repente no se oyó más ruido. El último tronco rodaba detrás del camión y aunque agarraba vuelo, no lo alcanzaba.

Hubo un sacudón electrónico, un ruido supersónico y, con dolor de muelas, salimos de un enredo de patas y brazos y cola y plumas, la Ji, el

chanchito, la gallina y yo. El camión estaba clavado en una genial piedra. De sus latas abolladas salían aguas, aceites, y alambritos negros.

Habíamos llegado.

Pero no sabíamos dónde, eso era lo malo, porque ni había a quién preguntarle porque era de esos valles solitarios entre montones de cerros.

Después que se me quitó lo tullido, caminé con la Ji para acá y para allá, volví al camión a revisar lo que quedaba y descubrí el padrón, que era una tarjeta vieja, una botella quebrada y un sandwich con varios mordiscos.

Se lo di a la Ji porque tenía pena de que se le hubiera quebrado su huevo, y al chanchito le di el huevo con cáscaras y todo. La gallina la solté por si ponía más huevos. Entonces me puse a revisar el motor del camión.

Tenía dos cosas buenas: una bujía y un pedazo de ventilador. Saqué la bujía para aprovecharla en algo y estaba pensando en qué, cuando de repente oí una tos. Miré y había a mi lado una cabra blanca con cuernos y pera. Miré más y vi más y más cabras por todos lados. Había chicas y



grandes, negras y peludas, apolilladas y viejas. Hasta una café con manchas blancas. Era una mina de cabras salvajes y curiosas. Nos miraban pero estaban listas para partir al galope.

Decidí no hablarles para darles confianza y sólo les sonreí. Y una cabrita de la edad de la Jimena se le acercó y le lamió la mano. Y ahí empezó la amistad.

Cuando cayó la noche, dormimos como nunca de bien, entre las cabras de pelo suave y caliente, blandas, olorosas a cabra y soñando con los quesos que nos darían de desayuno al otro día.

IX

AMANECER ENTRE CERROS solitarios pero llenos de cabras recién levantadas, es precioso. Ellas estiran el cogote y prueban su voz a ver si les funciona; después corren a saltitos, se desparraman por el mundo y comen calladas.

Las cabras mamáes no tienen problema: sus hijos nacen sabios y las guaguas toman su mamadera calladitas. Yo creo que si la gente le aprendiera a vivir a las cabras sería muy feliz.

Después del desayuno, se fueron todas a mirar el camión. Era para ellas la gran novedad, pero a todo esto ni la Ji ni yo habíamos comido nada.

Pensaba en los quesos, me imaginaba que habría una inmensa cueva donde los tendrían guardados y se me hacía agua la boca mientras caminaba buscando el escondite.

De repente me acordé de mi hermana. No estaba por ningún lado.

—¡Ji-me-na! —grité, con voz de trueno y de susto tremendo. Y creí que estaba loco porque por todas partes se oía mi mismo grito: Mena, Mena...

Era el eco. Yo no lo conocía más que de nombre, pero está muy bien inventado, porque donde no hay campanas de incendio, ni teléfonos, uno se comunica con su gente.

La Ji apareció ahí muy cerquita, debajo de una cabra que la estaba alimentando igual que la vaca de la Gretel. Yo no sé para qué la gente se da tanto trabajo cuando los animales ofrecen gratis su comida y limpiecita.

Cuando uno tiene hambre de verdad ni se acuerda del famoso asco.

Apenas terminó la Ji su mamadera yo me tomé la mía y ni pensé más en los quesos. Esa cabra que me dio su leche era una gran persona. Yo no la olvidaré jamás, y cuando sea grande me preocuparé de que tenga una vejez alegre.

Para desconfundirla entre todas le puse la bujía colgando del cogote con un collar hecho de alambre, y así, vaya donde vaya la reconoceré. Y cuando se muera la voy a embalsamar y mis hijos y nietos sabrán que me salvó la vida cuando estuve perdido.

Poco a poco las cabras se aburrieron de mirar el camión y partieron para distintos lados. Algunas se veían como puntitos trepadas en los cerros y algotras ni siquiera se divisaban. Yo seguí a mi amiga para que no se me perdiera a la hora del almuerzo, pero salió tan saltona y andariega que al poquito rato ya ni divisábamos el famoso camión. Sino que por el contrario, al otro lado del cerro, en una especie de cancha lejana, se veía un avión.

Parecía de juguete, pero cuando uno ha viajado tanto ya sabe que es cuestión de acercarse para que las cosas crezcan. Y tomando a la Ji de la

mano resbalamos cerro abajo. Era de esa tierra suave y fina en que no hay ni que mover los pies y al igual que en los sueños uno llega justo donde va.

Después caminamos mucho con los ojos clavados en el avión y ya podíamos distinguir unos hombres que se movían alrededor. Se veía que estaban preparando su partida, porque iban y venían llevando cosas. La cuestión era que no fueran a partir antes que nosotros llegáramos.

La Ji estaba cansada y se me echó al suelo a dormir. La dejé un rato.

Cuando de pronto miro el avión y veo otro tornado, o sea la hélice girando a mil por hora. Me eché al hombro a la Ji y partí eléctricamente para alcanzar el aparato antes que partiera. La cabra amiga con su bujía trotaba a nuestro lado a igual velocidad.

Faltaban pocas cuerdas para llegar al avión, cuando de pronto la hélice se detuvo. Era una suerte que el aparato estuviera descompuesto y nos diera tiempo para llegar a él; ojalá estuviera grave y se demoraran bastante en arreglarlo. De todos modos, por si el piloto era capo, aceleré mis piernas y llegué justo cuando empezaba otra vez a dar vueltas la hélice. Eso sí que yo había corrido tanto que no podía parar y seguía corriendo alrededor del aparato, hasta que se abrió la puerta y apareció una cabeza de piloto con anteojos y todo.

—¡Eh! —gritó al vernos pasar, pero ni le entendimos lo que dijo con el ruido del motor. Y aunque no era más que un avioncito Cessna nos demorábamos bastante en darle la vuelta. Cuando volvimos a llegar frente a él, me tiré al suelo con guagua y todo para poder frenar. El piloto dio un salto y se paró a nuestro lado y se agachó.

—¿Te ha pescado la hélice, mocoso idiota? —me sopló al oído.

—¡No! —chillé con todas mis fuerzas—. Pero llévenos con usted. ¡Estamos perdidos!

—No sabes dónde voy y quieres que te lleve. Cualquiera se pierde así... —y metió su cabeza en el avión de nuevo, con cuerpo y todo. Pero antes de cerrar la puertecita, se arrepintió y volvió atrás.

—¿Eres un desvalido? —me preguntó—. Porque si lo eres, es mala suerte para un piloto negarse a llevarlo.

—Soy desvalido —le contesté automático, aunque ni tengo la mayor idea de lo que es ser eso.

—¡Arriba entonces, insolente! —y estirando su gordo brazo me pescó del mío y me trepó al avión. Yo traía de la mano a la Ji, y aunque me

estaba acostumbrando a que me suban en aviones, camiones, etc., resulta bastante difícil armarse de nuevo y juntarse los brazos con los hombros, etc. Mientras

me hacía el masaje, le dije:

—Señor piloto, falta la cabra. Ésa es más desvalida que nosotros.

—¿Estás chiflado que voy a volar con una cabra?

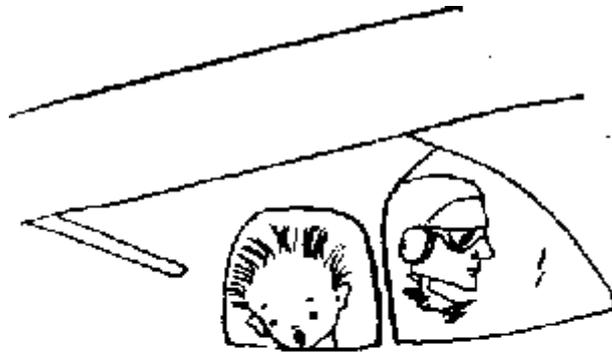
—Es la cabra Fortuna —le dije—. Trae la suerte.

—¿La has probado ya?

—Usted lo está viendo... No teníamos manera de salir de estos cerros y lo único que podía salvarnos era un avión. Y aquí está.

—Tienes razón, majadero. Ayuda a subir la cabra.

Lo ayudé y le dije: —Señor piloto, por si le interesa yo me llamo



Papelucho y no majadero y mi hermana se llama Jimena.

Me miró como si jamás me hubiera visto, cerró la puerta, se apretó el cinturón y gritó con fuerza: —¡ Agarrarse fuerte que partimos!

EL MOTOR CHIRRIÓ furioso y el Cessna matapijo se deslizó por la cancha brincando. De pronto dejó de saltar y nos fuimos rodando para atrás, la Ji, la cabra Fortuna y yo. Nos estrellamos contra unos sacos duros y, bien aferrados los tres, esperamos calladitos a que decolara el aparato. Ya una vez en el aire, la cosa era distinta. Uno se sentía seguro, porque el aire es gran persona.

Por una rendija divisé el campo y los cerros donde estuvimos. Se veían chiquititos, cada vez más lejos, mientras nosotros potentes

surcábamos los aires, sobre la cordillera, sobre el volcán Osorno, sobre la ciudad, sobre todo. Allá abajo estaría el Diputado hablándole a su gorda con la boca cerrada; el papá del Casi vendiendo sus diarios en la Plaza; Hansel y Gretel lechando sus vacas.

Yo nací para volar y la Ji también. Al poco rato ella se puso a hablar como si nunca hubiera sido atrasada de noticias y conversaba de todo con la Fortuna. Eso sí que le dio por llamarla mamá y por imaginarse que tenía muchos hermanos.

Yo me acerqué al piloto. El me había dado la idea de que era bueno saber donde íbamos. Y quería preguntarle, pero era de esos gallos con una arruga negra en la frente y dos en la boca. Parecía que algo le dolía perpetuo...

Me vio a su lado y en vez de hablarme, apretó más la boca. Yo creo que se sentía manejando micro a la hora de doce. La arruga en la frente



se le volvió chichón alargado y de la nariz, le asomaron unos pelos. Estaba furioso.

Yo siempre he visto gente enojada hablando y rabiando, pero quedarse con todo lo que uno tiene que decir y manejar un avión debe ser tremendo.

Lo mejor era preguntarle muchas cosas hasta que estallara de una vez. Rabiando, se le pasaría la rabia.

—¿Para dónde vamos? —le pregunté a todo grito. Pero él se hizo como si no me oyera.

—Es macanudo volar —dije todavía más fuerte—. Pero debe ser bueno saber para dónde uno va.

Tampoco contestó.

—¿Es suyo este avión? ¿Hace mucho tiempo que es piloto? ¿Cuántas horas de vuelo lleva? ¿Tuvo paperas cuando era chico? ¿Se acuerda

todavía de su abuelita? ¿Se le arrugaba la frente cuando estaba en el colegio? ¿Enseñaban en ese tiempo geografía?

A medida que se me ocurría una cosa se la preguntaba. Como él no contestaba, me servía de ejercicio para que no se me olvidara hablar. Él ni siquiera estornudaba, y mientras más me daba por preguntarle, menos se movía.

De repente llegó la Ji a mi lado. Se me trepó a la falda y se largó:

—Oye —me dijo—, fíjate que mi mamá está con vómitos. Y vomitó una abeja. —A mí se me había olvidado que la Ji hablaba ahora y la miré sorprendido.

—¿Qué dices?

—Que mamá vomitó una abeja y la abeja me quiere picar y ya picó a mi hermana Clori y a mi hermana Coti y a mi hermana Rudi. Y están las tres llorando.

—¿Dónde están tus hermanas? —le pregunté, olvidado de su nueva idea.

—Están ahí atrás. Y la Coti quiere vomitar y no puede y la Clori le pegó a la Rudi porque creyó que ella la había mordido. Y era la abeja...

Todo esto lo decía con cara de verdad y muy seria. Me convencí de que era cierto y fui con ella a ver. Era verdad que la Fortuna había vomitado, pero lo de las hermanas eran copuchas de mujeres.

—Oye Ji —le dije—, tú no tienes hermanas, sólo un hermano, que soy yo. Así que no más cuentos de Glotis, Rudis y Coris.

—Clori, Coti, y Rudi —me corrigió muy seria.

—Bueno, como quieras llamarlas... —pero me irrumpí cuando vi que se me paraba una abeja en la mano. Era verdad que había vomitado una abeja viva la cabra. A lo mejor esas hermanas...

Espanté la abeja y empezó el correteo por todo el avión. Era una abeja enemiga y fuimos a dar al comando de la nave. Es decir al lado del piloto. Y ahí sucedió lo tremendo.

La abeja se convenció de que yo era impillable y se lanzó en picada contra el piloto. Se le paró en la arruga de la frente y le enterró su lanza. El piloto dio un grito, se desparramó y abriendo los brazos con violencia, salió disparado, aleteando y escupiendo palabrotas. El avión pegó un brinco y el piloto rodó aturdido al suelo. Fui a socorrerlo y lo encontré casi muerto, con un inmenso chichón encima de su arruga, la boca abierta y los dientes afuera. La abeja yacía desvanecida en su nariz. Le dije:

—Señor piloto, despierte. El avión vuela solo y usted se va a matar sí

no se preocupa. ¡No es hora de aturdirse! —clamé definitivamente. Pero nada.

El avión dio otro brinco y comenzó a darse vueltas de carnero. No había manera de tenerse en pie. Me agarré de la palanca del comando mientras la cabra rodaba con la Ji de un lado a otro.

—Cuidado, Clori —gritaba—, Rudi, sujeta a la Coti...

Noté que el avión se enderezaba. Era yo que lo piloteaba. Empecé a hacer ensayos, a mover palancas y cada una traía su sorpresa. De repente miré hacia afuera y vi venir contra nosotros unos cerros. Hice otro ensayo y el avión, se elevó por encima de ellos y los dejé bien atrás. La cabra vino a ponerse a mi lado y la Ji con todas sus hermanas. Andaban por el avión como si estuvieran en tierra. El piloto roncaba su aturdimiento y yo estudiaba las palancas entretenidamente.

De pronto el avión empezó a fallar. Se le estaba acabando la bencina y yo no sé dónde habrá bombas aéreas para llenarlo volando. Teníamos que bajar. En vez de asustarme, eso me pareció choriflai. También en ese momento me sentía bastante macanudo de saberme piloto, de que nadie me estuviera corrigiendo y de que todo el mundo supiera después que yo había piloteado solo y salvado un Cessna con piloto herido.

Y justo cuando me creía más súper, el motor dio un estornudo y se quedó en silencio. Se había terminado la bencina y no había más remedio que aterrizar. Era la única palanca que ni había probado. Miré hacia un suelo plano, tal vez de campo chileno, con su cancha de fútbol y todo.

—Ahí es donde tengo que hacer el gol —me dije con firmeza, y miré de fijo entre las dos vallas. Pero en ese momento me sentí disparado por los cielos y sin entender nada, abrí los ojos para ver al piloto resucitado y otra vez en el comando.

—Estúpido, —decía con su chichón—, habías cerrado la llave de la bencina y por poco nos estrellas...

El avión volvía a zumbiar con su motor aburrido y las canchas se alejaban de nosotros.

—Siéntate quieto —ordenó—. Más vale que aprendas el manejo. Porque si me vuelve otra vez este ataque que me da, quizá nos podrás salvar — y comenzó a enseñarme. Era un buen tipo y parece que cuando menos lo piensa le viene un famoso ataque y se queda estático.

EL PILOTO CIVIL Beleúndez nació con mala estrella y parece que de puro sufrir se le hizo esa arruga en la frente a los seis meses. Tener mala

estrella quiere decir tener suerte de perro y que a uno todo le salga mal. Por ejemplo, que los negocios no dan plata, que la esposa no lo aguanta, que los amigos lo engañan y que le echan la culpa de todo. El pobre Sr. Beleúndez tiene que aterrizar en campos secretos, volar con cielo nuboso, acallar los motores cuando pasa por aeródromos y cargar su avión de noche. Parece que no tiene patente, o algo por el estilo, pero sus vuelos son secretos. Y tiene ideas raras y mucho miedo de su Jetta.

Así como antes le dio por no hablar, después del ataque le dio por lo contrario y me contó su vida desde que nació y todos los accidentes y malas suertes y Jettas que lo persiguen. Estuvo preso tres veces y cumplió su condena, y cuatro que escapó, y las escapadas a veces cuestan caras. Por eso nunca tiene dinero. Me dijo que tenía la tincada de que la Fortuna le iba a traer suerte porque ya se notaba con la escapada que hicimos. Y en ese caso con este viaje le iba a cambiar su vida y sería millonario. Y si le fallaba algo se iba a Cuba.

—Usted me ha contado muchas cosas —le dije— menos una.

— ¿Cuál Papelucho?

—Adonde vamos. Usted mismo me dijo que debería preguntárselo.

—No es por no contestarte, pero toca el caso que ni yo mismo lo sé. Todo depende de cómo se presenten las cosas...

—Pero si mi cabra le trae suerte, las cosas se presentarán bien, y en ese caso, ¿dónde aterrizamos?

—Es posible que en un valle del Norte o de la zona central. Será de noche y he de esperar ciertas señales...

—Usted es medio misterioso, y a mí me gustan, los misterios — clamé, pero en ese momento me di cuenta de que estaba muy oscuro y me acordé que la Ji debía tener miedo.

—¿No hay luz en este avión? —le pregunté.

—Hay —contestó con voz final— pero yo vuelo a oscuras y si te parece mal te duermes.

En vez de dormirme me fui a la cola del avión a acompañar a la Ji; tanteando con las manos la encontré acurrucada durmiendo con la Fortuna de almohada y me volví a mi asiento.

—A mí me gusta la oscuridad —dije—, no se ven las cosas feas y también uno puede imaginarse otras más macanudas.

Pero Beleúndez ni me contestó. Había estrellas en el cielo y parecía que él las contaba para ubicarse. De pronto encendió una radio que nunca hizo funcionar antes y se oyó:

—Atención, atención. Avión no identificado indique patente y vuelo. Paso.

Beleúndez apagó la radio y dijo algo que no entendí. Sentí que nos elevábamos recto hacia arriba. Quizá atravesaríamos la noche para llegar al día. Subíamos y subíamos y seguíamos subiendo. De pronto nos enderezamos y se encendió una luz.

—Por fin estamos sobre las nubes —dijo Beleúndez estirando sus piernas—. Ahora podemos continuar el vuelo tranquilos.

—¿Volaremos toda la noche?

—Aterrizamos cuando menos te lo pienses —dijo, y su mano negra encendió otra vez la radio.

«Perdido. Paso. Repito: Cessna sin identificar perdido. Atención, atención». Cerró el botón de la radio y lanzó una carcajada.

—Comeremos algo, Papelucho. Abre esa caja...

Esa caja contenía jamón, huevos duros, chocolate, y bebidas. Era de primera y todo esto tiene un gusto todavía más exquisito cuando hace mucho tiempo que uno no ha comido.

Beleúndez miró su reloj.

Resulta que en ese instante sentimos un feroz choque. El avión se estremeció y la Fortuna salió galopando hacia atrás. Fue un sacudón y luego nos quedamos muy quietos en el vuelo. Giramos en redondo suavemente.

—¿Qué pasó? —pregunté al señor Beleúndez.

—La señal —dijo el genial piloto—. Hemos rozado la señal. Ahora bajamos. ¡Agárrate Papelucho!

Silenció los motores y empezamos a planear en secreto haciendo círculos. Apareció una luz y otra, y otra. Dibujaban una Z inmensa que se iba agrandando.

—¿Es esa la señal? —pregunté—. ¿Vamos a aterrizar?

No había terminado la frase cuando me di un feroz cabezazo, se oyó un grito de la Ji y la Fortuna se largó a balar desesperada. El avión galopaba en un suelo áspero y abollado, que era suelo de verdad.

Un balido tremendo en mi propia oreja me sacó de mis sueños. Era la Fortuna que otra vez, mareada, tosía y vomitaba a mi lado. La Ji seguía durmiendo en la cola del avión arrebujada entre sacos misteriosos. Yo sentía que nos íbamos de punta con violencia y mi estómago subía y subía...

Por suerte se apagó la luz.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hemos atravesado las nubes y desde ahora comienzo a ubicar señales —contestó Beleúndez.

—¿Vamos a aterrizar? —pero no me respondió. Debía tener otra vez esa cara dolorosa y a lo mejor le volvería el ataque. Esperé y miré la oscuridad de abajo. Allá lejos se divisaba una luz más chica que un grano de talco. La luz se apagaba. Aparecía otra vez, quedando atrás. Seguíamos volando.

El piloto encendió otra vez la radio:

"Indique posición K.L. 103 - paso. Atención. Neblina en la costa, visibilidad interrumpida. Estación J. R. Cielos despejados zona central. Atención, atención. Cessna perdido no identificado se le ubicará a la amanecida". Cortó la radio.

XII

BELEÚNDEZ ABRIÓ la puerta del Cessna, y atropellándolo con una educación nerviosa, saltó a tierra la Fortuna y se perdió veloz corriendo por los campos oscuros. Beleúndez echó una maldición.

Desperté a la Jimena, le sacudí los pelos de cabra que la hacían parecer escobillón, la enderecé hasta que se acostumbró a conocer cuál era el suelo y nos acercamos a la puerta.

Alguien de afuera nos pescó y nos puso en tierra. Lo único que se veía eran unas regias antorchas de fuego humeante muy cerca del avión.

—Hemos llegado —le dije a mi hermana—. En poco rato más estarás en tu verdadera cama y con tu verdadera mamá.

—Tétetele —respondió ella. Es de esa gente que sólo sabe hablar cuando está en el aire.

Beleúndez y dos hombres más sacaban del avión su carga, se echaban al hombro los pesados sacos y caminaban en fila hacia una carpa que tenía un farol.

Yo con la Ji los seguimos. Era una carpa macanuda con dos carabinas del ladito de adentro, una motoneta y una olla a presión en un anafe. Era el despise, porque ¿qué más se necesita en este mundo?

Uno de los hombres que tenía regia barba muy crespa nos mandó turiondo:

—A dormir mascotitas que es más de medianoche.

Obedecimos los dos con la Ji y nos acomodamos en un rincón con una frazada que él nos dio. La Ji se durmió al tiro pero yo, mientras más cerraba los ojos, menos sueño tenía, y más oía la conversación.

—Estuve en un pelo de que me alcanzaran —decía Beleúndez— y hasta pensé un momento en botar los sacos... por si me veía obligado a aterrizar. No tuve más remedio que largarme hacia el Sur para despistarlos. Aterricé en un valle cerca de Osorno y ahí esperé el atardecer. Era mi única chance. Pero aún entonces, cuando puse la radio, todavía me buscaban...



—Nosotros temíamos lo peor —dijo el de la pera cresa—, oímos los llamados y hacíamos cálculos de tiempo. Debiste aterrizar aquí a mediodía. TENÍA que haberte sucedido algo. Cuando oscureció y encendimos la seña, lo hicimos sin ninguna esperanza.

—Dame un trago, tengo los nervios muy malos —dijo Beleúndez— y no me siento capaz de pilotear otro vuelo.

Le dieron una botella de algo muy rico, porque a cada trago Beleúndez suspiraba de gusto. Cuando se la terminó, se desató el cinturón y lo dejó caer a mi lado. Tenía una preciosa pistola y una cartuchera de cuero.

—Estírame el saco de dormir que tengo sueño —dijo, y apenas lo desenvolvieron se acomodó en él y empezó a roncar.

—Se ha emborrachado el muy bruto —dijo el de la barba—. No despertará hasta mañana. Tendremos que arreglárnoslas sin él antes de que aclare...

—No es fácil llevar carga en motoneta de noche y sin caminos —dijo el otro.

— No es fácil ninguna cosa —dijo el barbudo—. Pero ahora se trata del pellejo. El avión será localizado apenas amanezca, y linda cosa si nos pillan con todo.

—El rancho del gitano está a cien kilómetros de aquí.

—En dos horas estás allí, y andando —dijo el barbón.

Tal como yo, el otro obedeció. Se echó al hombro uno de los sacos, lo amarró con correas en la motoneta, pescó una carabina y se la terció a la espalda. Echó a andar la motoneta y partió en la noche. El barbudo encendió un cigarro, pescó entre sus manos la otra carabina y se acomodó en la puerta de la carpa. La olla a presión seguía hirviendo y silbando.

Parece que el barbón y yo nos dormimos, porque los dos despertamos con la explosión de la olla, el incendio del anafe y el olor de chicharrones. La Ji y Beleúndez siguieron durmiendo. Era una pena que se hubiera quemado una liebre entera guisada en su propia salsa. Y yo me volví a dormir mascando el olorcito que es mejor que no mascar nada.

Me despertó un dolor y era una garra del hombre que me apretaba un brazo con furia.

—Levántate —me decía—. Está amaneciendo y tendrás que ayudarnos.



Me restregué los ojos porque ni me acordaba de nada y como estaba soñando que iba todavía en el tren, me costó un poco juntarme con mi historia y todas las cosas.

—A ver si puedes con este saco —me dijo, echándome al hombro uno de los que trajimos en el avión. Pero yo no estaba listo y me achaté debajo.

—Lo llevarás de a poco —me dijo, sin desanimarse, y vació en el suelo millones de cajitas.

—Prueba ahora —me dijo. Probé y pude—. Lo harás en cuatro viajes. Ahora ven conmigo. ¿Ves aquel árbol negro contra el cielo? A su pie hay un montón de paja. Apartarás la paja, echarás estas cajas y luego las taparás otra vez con paja. En seguida vuelves con el saco vacío.

Obedecí otra vez. Es tremendo encontrarse con esa clase de gente. Anduve mucho rato antes de encontrar el árbol porque en la noche los caminos son más largos. Me senté en el montón de paja a descansar, abrí

el saco y examiné la cajita por si eran municiones, oro o chocolate. En todo caso era algo valioso. Me eché una al bolsillo, y escondí las demás entre la paja. Luego volví con el saco.

Hice cuatro viajes, pero en el último aclaraba ya, y ver amanecer es súper súper. Uno siente lo que sintió Dios cuando hizo el mundo, algo genial.

—¿Has oído el ruido de la motoneta? —fue todo lo que me preguntó el barbón en vez de darme las gracias.

—No señor.

—Ahora te llevas el otro saco de la misma manera —ordenó—. Yo te prepararé un buen desayuno a ti y a tu hermana mientras tanto. Pero esta vez dejas el saco allá escondido, ¿entiendes?

Partí casi con medio saco. El barbón me hizo trampa y resultó muy pesado. Pero ahora de día, con el sol allá en los cerros y pájaros despertando, la cosa era más fácil. Enterré el saco y me guardé cuatro cajitas en el bolsillo. Yo me pagaba una por cada viaje. Pero en esto me dio miedo de que me pillara el bulto y decidí llevarme solamente lo que tenían dentro. Era una gota de polvito en un sobrecito plástico. Seguramente era Uranio, aunque la caja decía Coca. Algún día me podría servir para algún invento. Hice dos viajes más aunque el olorcito a desayuno me llegaba a dar tilimbre.

Por fin se acabaron los sacos y el barbón me sirvió una taza de café con leche. La Ji vino a acompañarnos, pero el señor Beleúndez prefirió seguir durmiendo. El pan era duro, pero el barbón lo remojaba en la leche y yo lo imité y es rico.

En esto estábamos cuando se oyó un avión. Como un autógrafo saltó Beleúndez de su sueño y se puso el cinturón con balas. El barbón se lo quitó y lo metió entero en la olla a presión. Tapó la carabina con el saco de dormir.

El avión bajaba suavemente y antes que me acabara mi pan, había aterrizado. Era de la Fuerza Aérea. Saltó el piloto a tierra y Beleúndez y el barbón corrieron a recibirlo.

—Mi Teniente, ¡qué felicidad! —decía Beleúndez—. Me quedé sin gasolina y sin radio. Aterrizamos sin novedad... Era un vuelo local con mi cuñado y los niños.

Se rió mostrándonos a nosotros. El Teniente le estrechó la mano y le regaló un tarro grande de gasolina, me tiró de la oreja y le dio un caramelo a la Ji. Después se elevó y se fue.

Desde ese momento le cambió el carácter a Beleúndez y al barbón y se reían y hacían bromas y más bromas. De repente no sé qué me dio por hablar y dije:

—¿Ya qué hora vuelve el de la motoneta?

Dicho y hecho. Se acabaron ¡as risas, se enfurruñaron las frentes y estos caballeros se pusieron furiondos. Era que estaban NERVIOSOS.

—¿Dónde se habrá metido ese animal?

—Tú también eres un animal —dijo Beleúndez—, te olvidaste de sacar la señal de las antorchas. El Teniente la habrá visto y...

—No compliques más. Basta con que Ordúñez no haya vuelto. ¡En qué manos estará la carga!

Ni había terminado la frase cuando se ovó en lontananza un ruido de moto. Se ablandaron las arrugas de las caras furiosas que miraban el más allá, pero de pronto esas caras se fueron poniendo cada vez más raras y más raras.

Allá lejos se divisaba no una moto, sino que dos, tres, cuatro, por lo menos. Beleúndez dio un grito: —¡A bordo, zarpe! y pescando el gran tarro de gasolina echó a correr al avión y se trepó. El barbón recogió la carabina y llegó un poco después, justo cuando Beleúndez despegaba del suelo. Los dos con la Ji nos quedamos perpetuos hasta que los vimos perderse en el cielo.

XIV

RESULTA QUE EL RUGIDO de motores era como trueno y cinco regias motos alemanas en perfecto estado y de su único dueño nos rodearon a los dos con la Ji.

—A ver si me dices donde está tu padre —me habló el policía más gordo.

—Eso es lo que no sé —le respondí—. Hace días que yo lo ando buscando...

—Escúchame, vivo. Si hablas, no tendrás que cantar... ¿Está el Jefe?

—El Jefe ha salido—repliqué.

—¿Te refieres al avión? ¿Ha salido en el avión?

—Usted también lo vio —dije.

—¿A dónde ha ido?

—No dijeron más que »a bordo zarpe« y volaron dejándonos abandonados.

—¿Son hijos de ellos, la niña y tú?

—No señor. Nos trajeron de mascota desde Osorno con otra compañera que ahora se perdió.

—No entiendo nada. Tendrás que acompañarnos.

—¿Vamos a la Comisaría? Tengo amigos allá...

—No lo dudo. Súbete atrás con tu hermana, allá hablaremos. De modo que quieres hacerme creer que no conoces al piloto que acaba de zarpar.

—Yo no he dicho eso. De conocerlo lo conozco, y se llama Beleúndez. Pero no es mi papá.

—¿Y su acompañante?

—A ése le obedezco pero ni sé cómo se llama.

Eché a rugir la moto y no le oí nada más. Corríamos por los campos a mil por hora y el motor era prepotente. Cuando pasamos por la parva de paja y el árbol le conté que ahí había un tesoro, pero el policía ni me oyó, y seguimos de largo, como si tal. La Ji me rasguñaba con sus uñas filudas pescadas a mi cintura. El avión de Beleúndez ni se divisaba.

Llegamos a un Retén de Policía. Era de esas casitas blancas con ventanas y puertas verdes, un escudo, un arbolito, un collar de piedras en el suelo y una grada para entrar. Adentro estaba el corralito, la mesa, el tintero, el libro y el Teniente. En el cuartucho de al lado, el amigo del barbón durmiendo.

—Nombre —dijo el Teniente.

—Papelucho.

—¿Dirección?

—Desconocida.

—¿Cómo desconocida?

—Desconocida porque no la conozco y también porque nunca la supe...

—A ver, a ver. ¿Cómo es eso?

Empecé a contarle mi historia y me enredé. También él era mal entendido porque me confundía mucho. Hasta que por fin me preguntó:

—¿Sabes escribir?

—Soy escritor —le dije.

—En ese caso, aquí tienes un cuaderno y ¡a ver si me escribes toda esa historia que tratas de contarme. ¡Mientras no esté escrita, quedas detenido!

Me metieron en el cuartucho donde dormía el de la motoneta, me

entregaron un lápiz de pasta y un cuaderno y se mandaron mudar, cerrando la puerta. La Ji estaba muy feliz porque ni se da cuenta cuando uno está detenido. Pero yo me sentía tremendamente furioso, porque tenía mucho que hacer, y lo primero era encontrar a mi mamá y papá.

Golpeé en la puerta con furia y nadie me abrió. Abrí la ventana verde y tenía barrotes de fierro. Entonces me di cuenta de que estaba PRESO. ¿Preso por qué? Nadie explica nada. Asomé la cabeza entre los barrotes y vi las cinco motos en hilera brillando al sol. Miré hacia el otro lado, y ahí estaba la Fortuna amarrada a un árbol... ¿Preso también? Pensé: si mi cabeza cabe entre los barrotes, la Ji, que es chica, cabe, y cupo; embutí a la guagua hacia afuera, y la largué. Se levantó corriendo y voló a tomar su mamadera. Yo la miraba desde mi prisión con el cogote estirado, pero



cuando quise entrar mi cabeza de nuevo, se me quedó afuera por culpa de mis orejas. Era atroz quedarse entre barrotes para toda una vida. Me puse de perfil, y salté afuera. ¡Estaba libre!

Había que arrancar, antes que se dieran cuenta los policías. Dominé la tremenda tentación de subirme a una moto y preferí correr en silencio con la Ji y la Fortuna. Era una especie de pueblo, con sus calles y todo, hasta su Feria Libre. Ahí, entre repollos, limones, patos y sacos era refácil confundirse con los mirones y perderse de la pista. Porque nadie compraba.

Llegamos a una farmacia y aproveché para preguntar cómo se

llamaba el pueblo.

—¿Eres recién llegado? —me preguntó la boticaria.

—Estoy de paso —contesté—, vamos a Arica...

—¿A Arica? ¿Y viajando »a dedo«?

—No ha sido necesario —respondí—. Sólo queremos saber dónde estamos... y si es fácil llegar...

La boticaria soltó una de esas risas coquetonas que aprietan la boca y estremecen los hombros. Me estaba coqueteando, se veía, pero yo descubrí en su tienda cosas buenas que quería comprar. Mientras ella seguía coqueteando, vi una campanita celeste que le quedaría muy linda ahora colgada del cogote a la Fortuna, y pregunté cuánto valía.

—Doscientos, curioso.

—¿Y la rosada?

—Igual precio, preguntón.

—¿Por qué me insulta? —le dije—. ¿Cree que no tengo plata?

—Bueno, ¿tienes?

—¡No tengo, pero tengo algo que vale más que todas sus campanitas! ¡Tengo URANIO!

—¿Uranio? —se puso toda seria y me trató con reverencia—. ¡A ver si me lo muestras... para comprártelo!

Saqué mi paquetito, es decir un paquetito de plástico y se lo mostré sin dejar que lo tocara.

—¡COCA! —clamó como si hubiera visto al diablo—. ¿Y dónde conseguiste eso? ¿Tienes más?

Me lo guardé en el bolsillo y me puse bien seco. Los negocios son negocios y hay que saber negociar.

—Tengo siete paquetes —le dije paulatinamente— y muchos más escondidos. ¿Cuánto paga por ellos?

—Una campanita por los siete —dijo, brillando toda entera.

—No —dije yo con voz dura.

—Siete campanitas por los siete y el dato del escondite...

Yo me di cuenta de que ella se sentía muy feliz con ese negocio y si ella estaba tan feliz debía ser mal negocio para mí. Rápidamente respondí:

—Diecisiete campanitas por lo menos —creí que iba a decir que no, pero lo malo fue que dijo »¡SÍ!« con todo el cuerpo. ¿Qué iba a hacer yo con diecisiete campanitas? Pero no estaba para complicarme. Haría un collar de puras campanitas para la Fortuna y se acabó.

Le entregué los siete paquetes de Coca y ella me dio una caja entera de campanitas. La Ji estaba feliz y la boticaria también, porque hasta me regaló una cinta donde las ensartamos y me ayudó a ponérsela en el cogote a la cabra. Se veía preciosa. Era una cabra Importada. Nos fuimos orgullosos.

Pero en la puerta me sujetó la boticaria:

—No me has dicho el lugar del escondite... —dijo, sonriendo otra vez, coqueta. La pobre no sabía que a mí me cargaba así.

—No —le dije—. Y usted tampoco me ha dicho cómo puedo llegar a Arica.

—Te lo digo después de que largues tu secreto. Llévame tú al lugar donde tienes el uranio, y yo te llevo a Arica.

Me quedé un poco perpetuo. ¿Y si ella no cumplía su promesa después de saber el escondite? Las mujeres son poco cumplidoras. Mientras así pensaba ella le dio chocolate a la Ji, una lechuga a la cabra, unos caramelos para mí. Mientras más pasaba el tiempo, más nos daba. Y yo me sentía un canalla de no tener confianza.

—Sé que eres un pequeño desconfiado —dijo—. Pero no importa. Es hora de cerrar, entraremos a almorzar y después hablaremos nuevamente.

La farmacia no tenía ni cortina de fierro sino solamente puerta, y en ese pueblo tan sano que nadie compraba remedios, ni valía la pena que existiera. Pero el almuerzo era bueno, y las humitas frías son fáciles de comer.

Pero cuando estábamos en lo mejor de una sandía, entró el propio teniente al patio en que estábamos. Yo me tragué el pedazo con cáscaras y pepas. ¡Era el propio marido de la Boticaria! Porque ella se le fue encima con mil secretos, y secretos muy largos, tan largos, que cuando terminó de decirlos, el Teniente tuvo que sentarse en una silla.

—Cuando uno está fuera de servicio, amiguito, está fuera de servicio —dijo, y atacó cinco humitas. La boticaria explicó:

—Mi marido quiere decir que a las horas de comida él no es Teniente ¿comprendes? Es mi marido... —y se puso a coquetear.

Almorzamos muy tranquilos, pero después del almuerzo la boti dijo:

—Tenemos un negocio con este amiguito, Braulio. El nos va a indicar dónde guarda una cantidad de Uranio y yo le voy a decir como puede llegar a Arica.

—Andando entonces —dijo él levantándose.

—No tan de prisa, Braulio. El tiene miedo que después de mostrarnos su tesoro, yo no le enseñe el camino más corto y el más fácil para llegar a Arica...

—En ese caso, es mejor que tú confíes en él y le des el dato antes a cuenta del suyo...

—¿Y podré confiar en él? —preguntó ella poniendo todo redondo.

—Creo que sí.

—Entonces te contaré Papelucho, que estás a un paso de Arica... Casi puedes llegar a pie, es tan cerca. Basta con que te subas mañana en mi camioneta que va por la mañana temprano y estarás ahí a mediodía.

Fue una felicidad de cápsula espacial. Sentí que el alma me elevaba de júbilo y me pareció muy poco devolverles la gran noticia con sólo mostrarles ese montón de paja bajo el árbol. Pero cumplí como hombre.

Trepé en la moto del Teniente con la Ji y le encargué la cabra a la boticaria. Partimos a retroimpulso por el camino que yo ya conocía. En la cancha de aterrizaje había un carabinero cuidando la carpa y las antorchas apagadas y más allá estaba el montón de paja inmóvil y anónimo.

Llegamos ahí y escarbé. Primero salió el saco y luego las cajitas del tesoro. El Teniente las recogía y las echaba al saco. Luego tocó un pito y vino el carabinero y lo ayudó a llenar sacos.

—Guarda esos sacos en la carpa y custódialos hasta tu relevo —le ordenó. Me subí otra vez a la moto alemana con la Ji y partimos.

Pero al llegar de vuelta se detuvo en el Retén.

—Papelucho —me dijo, con una voz que trataba de ser dura pero era suave—. No estás detenido ¿entiendes? Pero pasarás la noche en ese cuarto del cual te escapaste esta mañana. No es un castigo. Es una fórmula. Necesito que escribas en el cuaderno que te entregué todo lo que te ha pasado desde que andas perdido.

—¿Y cómo sabe usted que estoy perdido? —pregunté.

—Porque hay una orden de buscarte a lo largo del país y soy el hombre afortunado que te devolverá a tus padres en Arica.

—¿Me buscaban? ¿Nos buscaban? —pregunté estupidizado.

—Desde hace muchos días, Papelucho.

—¿Y por qué no me devuelve al tiro a mi papá?

—Porque es necesario que tu historia quede escrita. He avisado ya a tu madre que fuiste encontrado, que estás bien y que mañana te depositaré en tu casa. ¡Ahora a escribir! ¡Mientras más luego termines, más pronto estarás con los tuyos!

Se me anchó la cara y recogí el cuaderno y el lápiz que había tirado antes.

—¿Y cuándo termine podemos llevar en su camioneta a mi cabra Fortuna? —pregunté.

—Sí, Papelucho, y además felicitaré a tu padre porque has colaborado en una importante pesquisa.

He escrito lo más apurado posible y con esto termino mi historia, señor Teniente pero, por si cuando lo vea, con el apuro de llegar a mi casa se me olvida, quiero preguntarle qué quiere decir »colaborado en una importante pesquisa".

Contésteme a mi casa en Arica, su s. s. s. s. s. s. s.

PAPELUCHO.